

# TRABAJO SOCIAL EN EL ÁMBITO DE LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO. APORTES DESDE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL

JOSÉ LUIS SOLANA RUIZ  
*Universidad de Jaén*

La cooperación al desarrollo se está convirtiendo en uno de los nuevos campos de empleo para los trabajadores sociales. A la hora de diseñar y evaluar programas en el campo de la cooperación para el desarrollo el Trabajo Social deberá servirse -y de hecho se sirve; como, por otra parte, viene siendo tradicional a lo largo de su historia- de los conocimientos que le aportan las distintas Ciencias Sociales. Este texto señala algunos de los aportes que desde el ámbito de la Antropología Social se han realizado con respecto a la problemática del desarrollo, que deberían ser tenidos en cuenta e integrados tanto, de modo general, por la cooperación al desarrollo como, de manera más particular, por el Trabajo Social desempeñado en el seno de programas de cooperación al desarrollo.

## INTRODUCCIÓN

La cooperación internacional, de modo general, y la cooperación al desarrollo, de manera más específica, en las que las ONG's son agentes de intervención claves, se están convirtiendo en uno de los nuevos campos de empleo de los trabajadores sociales<sup>1</sup>. De aquí la necesidad de que los futuros trabajadores sociales tengan en la Universidad formación en cooperación al desarrollo. Una asignatura de *Cooperación al desarrollo y Trabajo Social* debería incluir, entre muchos otros (véase Martínez, 1999), contenidos vinculados con la misma definición de *desarrollo*, el contexto de la problemática del desarrollo/subdesarrollo y de la cooperación al desarrollo (relaciones desiguales y de dominio Norte-Sur, pobreza, globalización, etc.), la noción y los proyectos de *desarrollo integral*, y el enfoque de género en la problemática del desarrollo (sobre esta última temática, Monreal 1999 ofrece una buena síntesis).

A la hora de diseñar y evaluar programas en el campo de la cooperación para el desarrollo el Trabajo Social deberá servirse -y de hecho se sirve; como, por otra parte, viene siendo tradicional a lo largo de su historia- de los conocimientos que le aportan las distintas Ciencias Sociales. En el presente texto quiero señalar algunos de los aportes que desde el ámbito de la Antropología Social se han realizado con respecto a la cuestión

<sup>1</sup> Novedad que no debe ocultar que la relación del Trabajo Social con el desarrollo en general y con la cooperación al desarrollo en particular es antigua y forma parte de la historia de la profesión. De hecho, el trabajo social comunitario -que, como es sabido, suele considerarse, junto al de casos y grupos, como uno de los métodos clásicos del trabajo social- no consiste en el fondo en otra cosa sino en impulsar el desarrollo de la comunidad en sus diferentes ámbitos (producción, salud, educación, etc.) (puede verse Ander-Egg 1987).

<sup>2</sup> Un análisis de la Antropología para el desarrollo en Europa puede verse en el número especial dedicado a este

del desarrollo, en especial: 1) un análisis crítico de las causas del (sub)/desarrollo en las distintas regiones del planeta (lo que mostraré tomando como ejemplo el caso del África subsahariana); 2) la importancia de considerar en los proyectos de desarrollo los factores sociales y culturales, de garantizar que el contenido social y cultural de estos sea adecuado, así como la necesidad, para evitar el asistencialismo y el paternalismo, de implicar de manera sustancial a los beneficiarios directos de los proyectos; una deconstrucción de los discursos sobre el desarrollo y el subdesarrollo; y 3) una nueva ética del conocimiento entendido como práctica política. Todas estas consideraciones deberían ser tenidas en cuenta e integradas tanto, de modo general, por la cooperación al desarrollo como, de manera más particular, por el Trabajo Social desempeñado en el seno de programas de cooperación al desarrollo.

#### ANTROPOLOGÍA PARA EL DESARROLLO Y ANTROPOLOGÍA DEL DESARROLLO

Después de la Segunda Guerra Mundial el desarrollo se entendía como el proceso dirigido a reproducir en la mayor parte de Asia, África y América Latina las condiciones que se suponía caracterizaban a las naciones económicamente más avanzadas del mundo (industrialización, urbanización, alfabetización y escolarización de altas tasas de población, tecnificación de la agricultura, adopción generalizada de los valores y principios de la modernidad, como el individualismo, etc.). Definido de este modo, el desarrollo conllevaba una negación de las diferencias culturales, que debían ser eliminadas, de los habitantes del Tercer Mundo.

Pero este modelo economicista de desarrollo fracasó, entró en crisis; por distintas razones fue incapaz de sostener en Asia, África y América Latina una mejora social, cultural, económica y medioambiental. Fracaso que condujo (véase Viola, 2000), a principios de los setenta, a una reevaluación de los aspectos sociales y culturales del desarrollo. La «cultura», considerada hasta entonces como una categoría residual, cobró relevancia y se tornó problemática. Se requerían especialistas que relacionasen la cultura con el desarrollo, lo que abrió oportunidades a la Antropología, que como es sabido ha tenido en «la cultura» su objeto general tradicional de estudio. Comenzó así a desarrollarse la Antropología *para* el desarrollo, desempeñada dentro de las instituciones que fomentan el desarrollo<sup>2</sup>.

El papel de los antropólogos para el desarrollo se fue institucionalizando progresivamente. Distintas organizaciones incorporaron antropólogos<sup>3</sup>, se crearon comités e institutos de Antropología para el desarrollo y ha habido un aumento continuado de los antropólogos que desempeñan su trabajo en ONG's.

Los antropólogos para el desarrollo desempeñan tareas tales como las siguientes: diseño de programas culturalmente adecuados; detección de fallos y corrección de las intervenciones que ya están en marcha; evaluaciones de los resultados de los programas; proporcionar conocimientos necesarios para el diseño, la aplicación y la evaluación de los

tema de *Development Anthropology Network*, 10 (1).

<sup>3</sup> En el Banco Mundial, por ejemplo, la plantilla de antropólogos creció desde uno en 1974 hasta cerca de sesenta a finales de los noventa.

<sup>4</sup> El postestructuralismo subraya el papel del lenguaje y del significado en la constitución de las realidades sociales.

proyectos de desarrollo; recogida sobre el terreno de los datos necesarios para planificar y definir políticas de desarrollo; consideración de la cultura desde un punto de vista holístico, situando las comunidades en contextos más amplios de economía política.

La Antropología para el desarrollo ha puesto de manifiesto la importancia de considerar en los proyectos de desarrollo los factores sociales y culturales (véase, por ejemplo, Kottak 1990), de garantizar que el contenido social y cultural de estos sea adecuado, así como la necesidad de implicar de manera sustancial a los beneficiarios directos de los proyectos.

Pero a finales de los años 80 del siglo XX aparece una antropología *del* desarrollo que lleva a cabo, desde teorías y metodologías postestructuralistas<sup>4</sup>, una crítica del desarrollo. El análisis discursivo del desarrollo (la antropología del desarrollo)<sup>5</sup> despegó a finales de los ochenta y ha continuado su despliegue a lo largo de los noventa.

La Antropología del desarrollo cuestiona, no ya los adjetivos con los que se califica el desarrollo (de mercado no intrusivo, integral, sostenible, etc.), sino la misma noción de desarrollo. No busca ya tanto ofrecer nuevos modelos de desarrollo, sino más bien examinar, deconstruir, los fundamentos sobre los que el desarrollo se ha construido como objeto de pensamiento y de práctica.

La deconstrucción del discurso sobre el desarrollo tiene, como la otra cara inseparable de la moneda, la revisión de los discursos sobre el subdesarrollo. A este respecto, Edward Saïd (*Orientalism*, 1979) ya había examinado el orientalismo como discurso a través del cual la cultura europea produjo y gestionó el Oriente, y el zaireño Valentin Mudimbe (1988) ha estudiado el discurso occidental sobre África.

La Antropología del desarrollo indaga el orden de conocimiento constituyente del desarrollo. Considera a éste como una experiencia históricamente gestada, resultado de un conjunto de prácticas que pueden ser estudiadas. Cartografía los aparatos de conocimiento y de poder que llevan a cabo el desarrollo, desplazando el análisis desde los objetos y beneficiarios del desarrollo hacia los agentes y técnicos que llevan a cabo los proyectos. Revela algunos de los objetivos realmente subyacentes a muchos proyectos de desarrollo, tales como: la implicación, de modos muy concretos, de comunidades y países en las economías mundiales; la despoliticación de temas importantes; la gubernamentalización y estatalización de la vida social; la transformación de las culturas locales en función de las tendencias modernizadoras.

Los antropólogos del desarrollo han indagado cómo los discursos del desarrollo han contribuido a moldear las identidades de los pueblos, han prestado atención al estudio de las protestas y resistencias que se oponen a las intervenciones ligadas al desarrollo<sup>6</sup> y han estudiado los agentes encargados del desarrollo y las instituciones de desarrollo (desde el Banco Mundial hasta las ONG's). A la noción de desarrollo contraponen la de «postdesarrollo», que conlleva una crítica y resistencia cultural a las representaciones y prácticas desarrollistas, así como una reafirmación del valor de modos de conocimiento y

El lenguaje y el discurso no son reflejo de la realidad social, sino constituyentes de ésta; la realidad social está construida discursivamente.

<sup>5</sup> Sobre el análisis del desarrollo como discurso teórico, puede verse: Ferguson 1990, Sachs (ed.) 1992, Dahl y Rabo (eds.) 1992, Esteva 1992, Escobar 1995 y Crush (ed.) 1995.

<sup>6</sup> Durante los años ochenta una serie de etnografías (por ejemplo: Scott 1985 y Ong 1987) pusieron de relieve las

de experiencias alternativas. Los estudios antropológicos sobre el desarrollo han venido a poner de manifiesto, por una u otra vía, que el desarrollo sostenible «sólo puede conseguirse sobre la base de una cuidadosa consideración del conocimiento y de las prácticas locales sobre la naturaleza, quizá en combinación con ciertas formas (redefinidas) de conocimiento académico especializado» (Escobar, 1997).

La Antropología del desarrollo se plantea la cuestión de cómo debemos producir conocimiento y de cómo la producción de saber debe articularse a la práctica ético-política. Junto a una etnografía relevante y un compromiso político (una nueva ética del conocimiento antropológico entendido como práctica política), «un marco conceptual teórico complejo» conforma uno de los constituyentes claves de una antropología del desarrollo.

Varias tendencias y autores actuales intentan reconciliar, de uno u otro modo, la Antropología para el desarrollo y la Antropología del desarrollo, con el fin de superar las limitaciones presentadas por estas dos tendencias antropológicas. Apuntaré brevemente algunos. Gardner y Lewis (1996) se han esforzado por tender puentes entre la crítica discursiva por un lado y las prácticas políticas por otro. El trabajo y las intervenciones de Soren Hvalkof (1989) con los Ashénika de la zona del Gran Pajonal en el Amazonas peruano han sido muy importantes para presionar al Banco Mundial a fin de que orientase sus planes de desarrollo hacia la financiación de la adjudicación colectiva de tierras a los indígenas. Los proyectos de adjudicación de tierras apoyados por Hvalkof han sido decisivos para invertir la situación de virtual esclavitud de los pueblos indígenas a manos de las élites locales. Diversos trabajos han descrito los modelos locales de economía y relación con el entorno natural que, a pesar de los programas de desarrollo aplicados, los agricultores y las comunidades indígenas se han empeñado en mantener (Gudeman y Rivera, 1990; Dahl y Rabo, eds., 1992; Hobart, ed., 1993; Milton, ed., 1993; Descola y Pálsson 1996). Otros estudios han prestado, particularmente en América Latina, atención a los procesos de hibridación cultural (García Canclini, 1990; Escobar, 1995). Los trabajos de June Nash (1993, 1995), que ha realizado durante casi cuatro decenios trabajo en la región de Chiapas al sur de México, del antropólogo brasileño Gustavo Lins Ribeiro (1994) y de Stacey Pigg (1992) en Nepal, merecen también ser referidos.

## UNA VISIÓN CRÍTICA SOBRE EL PROCESO DE SUBDESARROLLO

La Antropología Social, en imbricación con el resto de las Ciencias Sociales, puede aportar una visión crítica de las causas del subdesarrollo en el mundo, en la que se pone de relieve la responsabilidad de Occidente en el surgimiento y consolidación de desigualdades económicas y sociales a nivel mundial. Para mostrar esto me centraré en el caso del África subsahariana (aconsejo, al respecto, la lectura de Amin 1989).

Distintos informes, como el del Banco Mundial de 1989 y el del PNUD de 1992, muestran cómo han fracasado los intentos por conducir al continente africano a niveles aceptables de desarrollo. En el último cuarto del siglo XX se ha producido el derrumbamiento de las economías y la desintegración de los Estados de los países del África

resistencias activas locales con las que se encontraron los proyectos de desarrollo y modernización capitalista.  
<sup>7</sup> A mediados de los años noventa, el África subsahariana acogía en torno al 60% de los 17 millones de personas seropositivas que se estimaba había entonces en el mundo. En países como Uganda, Ruanda y Zambia, entre el

subsahariana, como consecuencia de lo cual éstos han padecido guerras civiles, brutales violencias, matanzas, éxodos masivos, hambrunas y epidemias<sup>7</sup>. Durante las décadas de los ochenta y los noventa, la economía del África subsahariana sufrió un deterioro sustancial, el cual revelan distintos parámetros.

Sus exportaciones han caído en picado<sup>8</sup>, permaneciendo reducidas a productos básicos, sobre todo agrícolas. Además, dentro de éstos, las exportaciones cada vez están más concentradas en unos pocos cultivos, como el café y el cacao (que, entre 1989 y 1990, supusieron el 40% de los ingresos por exportaciones). La relación entre las exportaciones totales y las de productos manufacturados (con un valor añadido más elevado) cayó del 78% en 1965 al 59% en 1985<sup>9</sup>. Desde mediados de los años setenta los precios de los productos básicos han ido a la baja. Las políticas de ajuste dictadas por el FMI/Banco Mundial han aumentado la dependencia de productos básicos exportables, como el algodón y el cobre, socavando las posibilidades de diversificar las economías de los países africanos y de hacerlas menos vulnerables a la caída de los precios de los productos primarios. Se ha producido también un derrumbamiento de la industria en los años ochenta y el hecho de que la producción agrícola haya sido incapaz de acompañar el aumento anual de la tasa de crecimiento de la población ha obligado a importar alimentos (desde comienzo de los años ochenta, las importaciones de alimentos han aumentado en torno a un 10% anual). Además, desde los años ochenta, se constata un descenso continuado de la inversión directa extranjera<sup>10</sup>. Por distintas razones, invertir en África es una aventura de alto riesgo que desanima. África subsahariana se ha convertido en la región del mundo más endeudada<sup>11</sup> y con mayor dependencia de la ayuda económica y humanitaria internacional<sup>12</sup>. La imposibilidad de pagar la deuda ha inducido a la imposición, por parte de las instituciones internacionales, de nefastas políticas de ajuste a los países africanos.

A todo lo anterior habría que sumar el «apartheid tecnológico» que el África subsahariana presenta en los albores de la era de la información (véase Castells 1997: 117-121). Exceptuando unos pocos nodos de finanzas y gestión, en el momento actual África se halla excluida de la revolución de la tecnología de la información. Es con creces la región menos informatizada del mundo y, además, ni siquiera cuenta con una infraestructura eléctrica y telefónica mínima<sup>13</sup>. Igualmente, son enormes las carencias de conocimientos informáticos, de personal con estos conocimientos y de instituciones educativas que los impartan. Como escribe Castells (1997: 120-121): «La dependencia y el subdesarrollo tecnológico, en un período de cambio tecnológico acelerado en el resto del mundo hace literalmente imposible que África compita en industria o servicios avanzados en el ámbito internacional. (...) Debido a la incapacidad de los países africanos para producir/utilizar

17 y el 24% de la población urbana estaba infectada en 1987.

<sup>8</sup> Los ingresos de la exportación combinados de sus 45 países (unos 500 millones de habitantes) eran, en 1980, de 50.000 millones de dólares; a principios de los años noventa, de 36.000 millones de dólares. En 1950 África subsahariana representaba más del 3% de las exportaciones mundiales; en 1990, representaba en torno al 1'1%. En 1980 África era el destino del 3'1% de las exportaciones mundiales; en 1995, lo era del 1'5%.

<sup>9</sup> Mientras que ascendió del 3% al 8'2% en Asia occidental, del 28'3% al 58'5% en el sur y sureste de Asia, y del 5'2% al 18'6% en América Latina.

<sup>10</sup> Se estima que, a mediados de la década de los noventa, menos de un 1% del flujo de inversiones mundiales se dirigía al África subsahariana.

<sup>11</sup> Si en 1980 la deuda exterior total suponía el 30'6% del PNB, en 1994 significaba ya el 78'7%. Si en 1980 la

equipo tecnológico y conocimientos técnicos avanzados, su balanza comercial se vuelve insostenible, ya que el valor añadido de los bienes y servicios que utilizan tecnología intensamente continúa aumentando frente al valor de las materias primas y los productos agrícolas (...). Ello conduce a una espiral descendente de la competitividad, ya que, con cada salto adelante del cambio tecnológico, África se queda más marginada en la economía informacional/global.»

¿Cuáles han sido las causas remotas y cercanas de este pertinaz subdesarrollo de África?

En el África precolonial el comercio de esclavos, con los movimientos masivos y la implantación de recursos humanos en otras economías que supuso, comprometió y puso en peligro el desarrollo adecuado del continente africano. Según algunas estimaciones, durante el período del comercio de esclavos África perdió en torno a setenta millones de personas. Esta privación de tamaño fuerza laboral tuvo, junto a las matanzas y el pillaje que la acompañaron, efectos de largo alcance en el desarrollo de África.

La explotación colonial de los recursos agrícolas y mineros de África por parte de países occidentales profundizó aún más el subdesarrollo africano. Mediante la expropiación de las tierras a las poblaciones indígenas se crearon extensas granjas y plantaciones que explotaban mano de obra africana y cuyas ganancias no se destinaron al desarrollo de las colonias africanas, sino que iban a parar a Occidente. Además, se primaron los cultivos comerciales por encima de la producción de cultivos alimentarios, lo que condujo a la degradación ambiental, así como a hambrunas.

Los occidentales manipularon las economías africanas para convertirlas en proveedoras de materias primas y mercados para los productos manufacturados occidentales, impidiendo, a la par y a posta, el desarrollo de la industria en las colonias. En las redes económicas globales sólo están integrados determinados recursos valiosos (petróleo, oro, diamantes) destinados a la exportación. El comercio de estos productos se halla bajo control de las élites políticas, militares y financieras que utilizan sus ganancias para mantener un alto nivel de consumo de productos caros importados y para invertir en el extranjero, pero no las reinvierten en el país donde se genera la riqueza para mejora de su población.

*«Todas las consideraciones anteriores -escribe Nchoji (1997: 364)- conducen a pensar que las instituciones financieras occidentales han desempeñado un papel principal en el subdesarrollo de África.»*

*Durante las décadas de los 60 y 70 la mayoría de las colonias africanas obtienen su independencia nacional. Pero esta independencia fue tan sólo una simulación. El dominio y la explotación se mantuvieron*

deuda suponía el 97% del valor de las exportaciones, en 1990 significaba el 324%.

<sup>12</sup> En 1994, el África subsahariana recibió el 30% del total de los fondos de ayuda del mundo y la ayuda internacional representó el 12'4% del PNB de África (cuando para el conjunto de los países de renta media y baja supone sólo el 1'1%), llegando a representar el 45'9% en Somalia y el 65'7% en Mozambique.

<sup>13</sup> En 1991 había en el África subsahariana una línea telefónica por cada 100 habitantes, en comparación con las 2'3 de todos los países en vías de desarrollo y las 37'2 de los países industrializados. En 1994 África disponía sólo de en torno al 2% de las líneas telefónicas mundiales.

<sup>14</sup> En su obra, Llobera critica a Said su balance negativo del imperialismo occidental, que para éste «la única actitud que pueda adoptarse con respecto al imperialismo [sea la de] estar en contra». Pero, ¿acaso puede ser de otro modo? Sí, tal y como lo define el Diccionario de la Real Academia Española, entendemos el imperialismo como: «Actitud y doctrina de un Estado o nación, o de personas o fuerzas sociales o políticas, partidarios de extender el dominio de un país sobre otro u otros por medio de la fuerza o por influjos económicos y políticos

*mediante la conservación de los monopolios económicos y la instauración de instituciones políticas al servicio de los intereses neocoloniales. El neocolonialismo fomentó el subdesarrollo de África.*

*El sistema de libre comercio que, a través del FMI, el Banco Mundial, el GATT/ la OMC, estructura el sistema económico internacional del capitalismo mundial beneficia a los países occidentales desarrollados y no permite prosperar a las débiles economías africanas. El endeudamiento externo de África y el continuo destino de recursos para pago de la deuda externa han impedido también el desarrollo de África.*

*Los sistemas políticos autoritarios y corruptos instaurados en África han sido otra de las claves del subdesarrollo del continente. A este respecto, se predica la democratización de África como paso previo al desarrollo económico. Pero esta democratización parece inviable sin un replanteamiento previo del orden económico mundial. Sin la democratización política las ayudas al desarrollo seguirán siendo despilfarradas (gastos militares, apropiamiento privado, caras obras de infraestructura para provecho de las élites). «Los gobiernos de los países desarrollados que han sostenido y fomentado los regímenes compradoriales [colaboradores internos de los imperialistas] son responsables en gran medida del subdesarrollo creciente de África». (Nchoji 1997: 373).*

Los gobiernos predatorios, corruptos y rapaces han caracterizado a la mayoría de los estados africanos postcoloniales, tanto dictatoriales (el Zaire de Mobutu, la República Centroafricana de Bokassa) como pseudodemocráticos (el régimen de Houphouët-Boigny en Costa de Marfil). Según Castells (1997: 124-125) «Tres consecuencias principales se deducen de este ejercicio de gobierno predatorio, característico de la mayoría de los estados africanos. En primer lugar, cualquier recurso, de fuentes internacionales o nacionales, que llega a estas economías dominadas por el Estado es procesado según una lógica de acumulación personalizada, en buena medida desconectada de la economía del país. (...) En segundo lugar, el acceso al poder estatal equivale al acceso a la riqueza y a los recursos de la riqueza futura. Sigue un modelo de confrontación violenta y alianzas inestables entre diferentes facciones políticas que compiten por la oportunidad de practicar el pillaje, cuyo resultado último es la inestabilidad de las instituciones estatales y el papel decisivo desempeñado por los militares en la mayoría de los estados africanos. En tercer lugar, el apoyo político se construye en torno a redes de clientelismo que vinculan a quienes tienen el poder con segmentos de la población. Debido a que la parte más cuantiosa de la riqueza del país está en manos de la élite política/militar y los burócratas estatales, la gente debe prestar lealtad a la cadena de patronazgo para ser incluida en la distribución de puestos de trabajo, servicios y favores (...)».

Los estados-nación de la mayor parte del África subsahariana se han convertido en predadores de sus propias sociedades, constituyendo un obstáculo formidable para su desarrollo, desintegrando la producción de subsistencia, desarraigando y desplazando a millones de personas y conduciendo, en algunos casos, a la práctica desaparición del mismo Estado-nación.

La partición de África realizada en la Conferencia de Berlín de 1884, junto con el gobierno colonial sustentado en la etnicidad como forma de control instaurado por algunos países occidentales, se hallan en la base de la balcanización de África y de los conflictos interétnicos que han desgarrado el continente.

Antes de concluir este apartado quisiera realiza unas sucintas consideraciones críticas sobre la asistencia al desarrollo prestada a los países africanos. Ésta ha estado mayoritariamente guiada por la lógica colonial, con el fin de seguir manteniendo el control sobre los Estados-nación africanos. No se ha considerado como una forma de restitución

parcial de las riquezas expropiadas. Una parte significativa de la asistencia occidental al desarrollo se ha prestado como asistencia técnica militar. El sector agrícola también ha ocupado un lugar preponderante, pero las ayudas se ha dirigido a productos agrícolas demandados por los europeos, evitando cuidadosamente promover productos agrícolas africanos que pudiesen competir con la producción agrícola occidental. Uno de los fallos de los programas de desarrollo ha sido el plantearlos sin contar con las personas y las culturas nativas a quienes se destinaban. Desde un enfoque antropológico se afirma que los proyectos de desarrollo sólo podrán tener éxito si las poblaciones y las culturas locales participan en su diseño y puesta en práctica; los programas de desarrollo deben prestar atención a la diversidad étnica y la variedad cultural. Además, dado que las variables sociales se entrelazan y relacionan, un enfoque multi o interdisciplinario es una exigencia para toda estrategia de desarrollo viable.

### A MODO DE CONCLUSIÓN

Como Lévi-Strauss señaló en su texto de 1963 sobre «Las discontinuidades culturales y el desarrollo económico y social», los procesos de explotación y esclavización desarrollados por los europeos en los países hoy subdesarrollados de América, las Indias Orientales y África durante los albores de la era de producción capitalista constituyeron factores fundamentales de la acumulación originaria del desarrollo occidental. Esta consideración, subrayada por Marx en *El capital*, es importante porque orienta la atención hacia aspectos del problema del desarrollo que muchos pensadores tienden, con excesiva frecuencia, a pretermitir.

Un ejemplo reciente, en el ámbito mismo de la Antropología Social, de esta omisión lo tenemos en las páginas 142-143 de *La identidad de la antropología* (1999) de Josep R. Llobera, donde se reproduce un decálogo sobre el desarrollo, establecido por Kishore Mahbutani (en *The Guardian*, 1990), del que, según Llobera, el Tercer Mundo y los antropólogos tercermundistas deberían tomar nota. Según este decálogo, la culpa del subdesarrollo no es del imperialismo<sup>14</sup>, el colonialismo y el neoimperialismo, sino de los mismos países en vías de desarrollo y, de modo más concreto y fundamental, de la corrupción existente en ellos. Para enfrentar el subdesarrollo, se conmina a renunciar al control estatal por una economía libre de mercado y a transitar por el camino del desarrollo utilizado por los hoy países desarrollados, desechando las vías de desarrollo alternativas propugnadas por «ideologías muertas»: «Borrarás las ideas de Karl Marx y las sustituirás por las de Adam Smith.» Si se hace esto, los países en vías de desarrollo podrán lograr en un futuro el nivel de desarrollo logrado ya por los europeos.

En mi opinión, este decálogo, que no va más allá de una asunción acrítica del cerril y misticador fundamentalismo capitalista neoliberal, es en su mayor parte insostenible.

Los países en vías de desarrollo difícilmente podrán alcanzar el tipo de desarrollo logrado por los países europeos, pues el subdesarrollo de los primeros ha sido y sigue siendo condición de nuestro desarrollo (insistiré en esto más adelante). Se ignoran, además, las letales consecuencias medioambientales que tendría la universalización del modelo de desarrollo occidental. La ignorancia, en el decálogo referido, de la crisis medioambiental y la inexistencia de referencias a modelos alternativos de desarrollo sustentable resultan muy ilustrativas de lo que los programas de desarrollo neoliberal se ven obligados a obviar para venderse como posibles.



Al instar a olvidarse de Marx para abrazar a Adam Smith, el decálogo opera una sustitución acrítica de un clásico por otro, cuando lo deseable es la integración actualizada y razonada del pensamiento de los clásicos. Karl Marx tiene y tendrá mucho que enseñarnos, igual que Adam Smith. Pero, así como ha habido muchas lecturas de Marx, conviene también recordar que caben disímiles lecturas de Smith. Así, en contra de las sesgadas visiones que se dan de este autor, Noam Chomsky (1997) ha apuntado una lectura rigurosa de sus obras señalando su vertiente crítica con el capitalismo empresarial y las concentraciones de poder.

Sin duda la corrupción política existente en los países en vías de desarrollo es una de las causas de su subdesarrollo. Pero no debe olvidarse la complicidad de los gobiernos occidentales en esa corrupción. Tan grande parece ser el deterioro de la memoria en este fin de siglo que se ha olvidado ya, por ejemplo, quienes sustentaron a Mobutu. Como nos recuerda Manuel Castells, el saqueo del Zaire por parte de sus gobernantes se realizó «con la franca complicidad de las [desarrolladas] potencias occidentales» (1997: 126). Occidente -y sobre todo Francia- contribuyó a la apropiación privada del Zaire por parte de las corruptas camarillas militares y burocráticas<sup>15</sup>.

Finalmente, es evidente que el decálogo rezuma ignorancia de los aportes realizados por la Antropología *para y del* desarrollo.

Decálogos y planteamientos sobre el desarrollo como el referido descuidan el hecho de que las sociedades que llamamos hoy «subdesarrolladas» no son tales por su propio desenvolvimiento, sino debido a la destrucción directa que, a través de la violencia, la opresión y el exterminio, la civilización occidental les ocasionó en especial entre los siglos XVI y XIX. Este saqueo ha hecho posible el desarrollo del mundo occidental. El modelo occidental de desarrollo es indesligable de esta rapiña. Por todo esto: «La asistencia al desarrollo que la comunidad de donadores, especialmente los antiguos poderes coloniales, otorgan a los gobiernos africanos debe considerarse como un deber y no como un favor. Las naciones desarrolladas, ricas y poderosas, deben darse cuenta de que, en gran medida, su riqueza es resultado de muchos años de explotación colonial. (...) Desde un punto de vista global, el mundo tiene la responsabilidad moral de ayudar a que África avance; las potencias mundiales de la actualidad son en parte responsables del subdesarrollo del continente.» (Nchoji, 1997: 397).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

abusivos», entonces la actitud hacia él no puede ser, desde una óptica mínimamente crítica y humanista, sino negativa. Sin duda el contacto con Occidente ha producido también beneficios, pero el imperialismo es, por definición, un tipo de contacto siempre negativo para quien lo padece.

<sup>15</sup> En 1965 y con el respaldo de Francia, Bélgica y los Estados Unidos, Mobutu, por entonces sargento del ejército colonial belga, tomó el poder, puso fin a los enfrentamientos entre las facciones pro y anti comunistas, e instauró una dictadura personal. Durante tres décadas, Mobutu puso su país a disposición de la CIA y otras agencias occidentales para que lo utilizaran como base de sus operaciones en el continente africano. A cambio, los occidentales le otorgaron carta blanca, permitiendo que amasase una fortuna personal de miles de millones de dólares procedentes de la riqueza minera del Zaire, mientras la mayoría de los zaireños se sumían en la pobreza. Mobutu, utilizando empresas gubernamentales y en asociación con inversores extranjeros, controló los negocios

- AMIN, S. (1989): *El fracaso del desarrollo en África y en el Tercer Mundo. Un análisis político*, Madrid, Iepala, 1994.
- ANDER-EGG, E. (1987). *La problemática del desarrollo desde la comunidad*, Buenos Aires, Humanitas.
- CASTELLS, M. (1997): *La era de la información*, vol. III, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- CRUSH, J. (ed.) (1995): *Power of Development*, Nueva York, Routledge.
- CHOMSKY, N. (199..): *Lucha de clases. Conversaciones con David Barsamian*, Barcelona, Crítica, 1997.
- DAHL, G. y RABO, A. (eds.) (1992): *Kam-ap or Take-off. Local Notions of Development*, Stockholm, Stockholm Studies in Social Anthropology.
- DESCOLA, P. y PÁLSSON, G. (eds.) (1996): *Nature and Society. Anthropological Perspectives*, Londres, Routledge.
- ESCOBAR, A. (1995): *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton University Press.
- Id. (1997): «Antropología y desarrollo», *RICS*, n° 154.
- ESTEVA, G. (1992): «Desarrollo», en: Andreu Viola (comp.), *Antropología del desarrollo*, Barcelona, Paidós, 2000, pp.67-101.
- FERGUSON, J. (1990): *The Anti-Politics Machine: Development, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1990): *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México D.F., Grijalbo.
- GUDEMAN, S. y RIBVERA, A. (1990): *Conversations in Colombia*, Cambridge, Cambridge University Press.

mineros (en especial el cobalto, los diamantes industriales y el cobre) en beneficio propio. Fue, así, amasando una gran fortuna que exportaba al exterior hacia bancos occidentales: «La fortuna personal de Mobutu en 1984, también depositada en bancos privados e invertida en el exterior, se calculaba en 4.000 millones de dólares estadounidenses, aproximadamente el total de la deuda exterior del Zaire. En 1993, mientras que el Zaire estaba en proceso de desintegración, la fortuna de Mobutu fuera del país se calculaba que había ascendido a cerca de unos 10.000 millones de dólares.» (Castells 1997: 123). El saqueo, por parte de sus gobernantes, del Zaire durante tres décadas ha ocasionado el derrumbe de la infraestructura de producción, transportes y comunicaciones; el deterioro de la economía de subsistencia; los zaireños han padecido desnutriciones masivas, miseria y analfabetismo; el nivel de vida del país y su capacidad productiva se han situado por debajo del grado existente en el momento de su independencia; la desarticulación del segundo país más grande del África subsahariana, de una de las mayores economías de la región, de un país ubicado en el corazón mismo del continente africano, ha impedido la integración regional efectiva; Zaire se ha convertido en foco de extensión de epidemias tan letales como el virus del Ébola.

- HOBART, M. (ed.) (1993): *An Anthropological Critique of Development*, Londres, Routledge.
- HVALKOF, S. (1989): «The Nature of Development: native and Settlers View in Gran Pajonal, Peruvian Amazon», *Folk*, 31, pp.125-150.
- KOTTAK, C. Ph. (1990): «La cultura y «el desarrollo económico»», en: Andreu Viola (comp.), *op. cit.*, pp.103-126.
- LÉVI-STRAUSS, Cl. (1963): «Las discontinuidades culturales y el desarrollo económico y social», en: *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*, México D.F., Siglo XXI, 7ª ed., 1990, pp.294-303.
- LLOBERA, J.R. (1999): *La identidad de la antropología*, 2ª ed. ampliada, Barcelona, Anagrama.
- MARTÍNEZ, Mª. J. (1999): «Propuesta de formación en cooperación al desarrollo para trabajadores sociales», en: *Actas del I Congreso Andaluz de Escuelas de Trabajo Social*, Jaén, Escuela Universitaria de Trabajo Social de Málaga, pp. 91-97.
- MILTON, K. (ed.) (1993): *Environmentalism: The View from Anthropology*, Londres, Routledge.
- MONREAL, P. (1999): «Mujeres, género, desarrollo: conceptos y mundos encontrados», en: Juan Carlos Gimeno y Pilar Monreal (eds.), *La controversia del desarrollo. Críticas desde la Antropología*, Madrid, La Catarata.
- MUDIMBE, V.Y. (1988): *The Invention of Africa*, Bloomington, Indiana University Press.
- NASH, June (ed.) (1993), *Crafts in the World Market*, Albany, SUNY Press.
- Id. (ed.) (1995): *The Explosion of Communities in Chiapas*, Copenhagen, IWGIA.
- NCHOJI, P. (1997): «La etnografía del desarrollo: la visión de un antropólogo africano sobre el proceso de desarrollo», en: Lourdes Arizpe (ed.), *Dimensiones culturales del cambio global: una perspectiva antropológica*, Cuernavaca, CRIM/UNAM, pp.355-402.
- ONG, A. (1987): *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline*, Albany, SUNY Press.
- PIGG, S. (1992): «Constructing Social Categories through Place: Social Representations and Development in Nepal», *Comparative Studies in Society and History*, 34 (3), pp.491-513.
- RIBEIRO, G.L. (1994): *Transnational Capitalism and Hydropolitics in Argentina*, Gainesville, University of Florida Press.
- SACHS, W. (ed.) (1992): *The Development Dictionary*, Londres, Zed Books.
- SCOTT, J. (1985): *Weapons of the Weak*, New Haven, Yale University Press.
- VIOLA, A. (2000): «La crisis del desarrollismo y el surgimiento de la antropología del desarrollo», en: Andreu Viola (comp.), *op. cit.*, pp.9-64.

